

LA CASA

Si alguien me lo preguntara yo no sabría responder, ni siquiera aproximadamente, cómo ni cuándo comenzó todo esto. Es —no lo dudo— una laguna, aunque resulte difícil creerlo. ¿Cómo podría haberlo olvidado?, me pregunto a veces, y me arguyo yo mismo: ¿Es que alguna vez lo supe? Entonces guardo silencio. Digo que silencio en un sentido metafórico ya que, en realidad, estoy callado desde hace mucho. Solo que quiero, con esa palabra, señalar cierto estado interior en el cual los pensamientos como que se detienen para que el anonadamiento sea más profundo. En tales momentos me doy cuenta de que aunque no piense sigo, no obstante, existiendo, pero de una manera en la cual el vacío se ilumina y llega a ser terriblemente claro. No más que en presente porque, como ya lo dije, nunca he podido recordar, ni imaginar siquiera, cómo fue el origen. Lo cierto es que he permanecido encerrado en esta casa un tiempo que yo me atrevería a calificar de inmemorial, aunque no sé, a ciencia cierta, si algún día podré o querré abandonarla. Así es.

En tanto las cosas transcurren con una simpleza que para otro, no para mí, sería exasperante. Solo me doy cuenta del límite de los días por la luz y la penumbra que alternativamente se filtran por el patio y las rendijas de la puerta, pero no sé, me es forzoso confesarlo, en qué año, mes o día me encuentro. El almanaque que pendía en un rincón de la casa lo he utilizado para hacer los cohetes con los que me paso jugando, en el zaguán de la casa, la mayor parte del tiempo. Porque no siempre estoy mirándome el ombligo. Me divierto sobremanera al seguirlos por entre los cuartos ya que, nadie me lo creará así no más, han aprendido ellos mismos con el uso a eludir los muros y también, con una extraña precisión, a buscar la salida. No se si serán los cohetes mismos o más bien el aire que los impulsa. Pero esto último es más difícil ya que en la casa no hay viento ni algo que se le parezca, fuera de mi respiración apacible, tranquila.

Y lo que arriba dije acerca de mis ocupaciones si bien no es falso es, por lo menos, incompleto. Porque a menudo, casi siempre de noche, voy y busco los zapatos negros de mujer que tengo guardados, y estoy durante largo rato estrechándolos contra mi cuerpo; de tanto succionarlos, sus tacos han adquirido una consistencia blanda, casi esponjosa. Así, cuando estoy con ellos en la boca, llega el instante y todo en mi contorno adquiere otro sentido, se transforma.

Debido a eso el cuarto número cuatro es, hoy por hoy, el único refugio para mi obscenidad. Porque, se me había olvidado decirlo, he numerado los cuartos de la casa para evitar confusiones. En el número uno se halla el esqueleto de Caifás, el perro que se murió de hambre hace ya algún tiempo, porque yo no quise alimentarlo con mis chicles (recuerdo que murió mirándome mascar, el pobre). En el número dos hay tres cajones llenos de cajitas de chicle, con las cuales me he alimentado desde que todo se acabó. En el número tres está el catre donde duermo y, en su cabecera, un precioso ángel de la guarda junto a una Virgen María. Finalmente, en el cuarto número cuatro escondo, debajo de una gran cama llena de arabescos, los zapatos aquellos envueltos en un pedazo de sábana blanco. Asimismo pende de la pared del cuarto un retrato, retocado con tímidos colores, donde aparecen los rostros sonrientes de un matrimonio bastante joven. Pese a todo el esfuerzo que he hecho, nunca he podido recordar, o imaginar siquiera, de quiénes se trata, o si ese rostro femenino, que deja vislumbrar un tímido bigote, guarda alguna relación con los zapatos debajo de la cama. A propósito, quiero señalar que no es solo por estos últimos que el cuarto número cuatro atrae la mejor parte de mi atención.

Con mucha frecuencia, casi siempre durante la noche, percibo en él ruidos extraños, entre chirridos de cama, murmullo de ropas, exclamaciones entrecortadas y sospechosos jadeos. No obstante, cuando me asomo, no veo nada y los ruidos esos desaparecen como por encanto. También he escuchado largas y monótonas conversaciones, sin haber llegado nunca a descifrarlas. Pero es como si, en el fondo, las comprendiera o me llegaran muy hondo, aunque materialmente permanezcan en la zona de los murmullos, de lo incierto. Alguna vez creí entender lo que decían pero luego me di cuenta, al mirarme en el espejo, que era yo mismo el que, con la voz de siempre, había estado hablando desde hacía rato. Sin embargo, si bien pienso que esos diálogos existen realmente, como otras tantas cosas de las que vacilo, yo no sabría explicar su origen ni el móvil al que obedecen. Quizás sean rencores que flotan por el aire vacilantes y tímidos de convertirse en algo real.

Todo eso a causa de no haber escuchado, desde hace mucho tiempo, ninguna voz humana. Queriendo recordar alguna, me paso horas enteras pegado a la puerta, pero nunca escucho ni veo absolutamente nada. A veces algún taconeo anónimo que muy pronto desaparece. Es desolador. Y la idea de salir a la calle no deja, en verdad, de asustarme. Además he perdido las llaves de la cerradura, tal vez porque ellas significaban para mí la existencia de un carcelero y de un liberador, o la de un comienzo y de un final. Nunca he querido buscarlas y me desagrada pensar que, en el fondo, sé donde se encuentran.

A propósito, he de contar que la otra vez opté por subirme al techo de la casa para, después de atravesar varios tejados, llegar hasta la esquina. Era de día. Pero al asomar la cabeza para mirar hacia abajo, un niño que desde la calle miró hacia arriba, se asustó tanto que echó a correr. Entonces yo me asusté más aún y, dando tropezones, llegué hasta mi patio con tan pésima suerte que, al bajar por el pilastre, me caí. Estuve varios días en mi catre, esperando a que los aporriones se curaran por sí solos. Y no me quedaron deseos de repetir lo hecho. Luego supe el motivo por el cual había llorado el niño: lucía desde entonces una barba abundantísima que nunca he peinado y de la que nunca pienso despojarme.

Lo supe después de haber restaurado un viejo espejo que descubrí abandonado en el cuarto para los reblujos. He adquirido desde entonces la costumbre de pararme ante él para mirarme gesticular y observar con detenimiento a ver si soy capaz de captar el crecimiento de mis pelos o el de mis uñas. Porque, tras largas reflexiones, he concluido que la ausencia de los movimientos más comunes, hace que otros movimientos, sumamente despaciosos, sean percibidos como si fueran normales. Un

problema análogo lo constituye para mí, actualmente, el tiempo. Ya había dicho que no sé en qué año, mes o día me encuentro: además, cada vez me es más difícil distinguir un lapso de otro, saber si es más largo o más corto. Así, por un lado, con un solo itinerario de uno de mis cohetes, creo muchas veces que ha transcurrido un día completo y, por otro, a veces me encuentro con que el musgo, que comienza inexorablemente a invadir la casa desde el patio, avanza en un solo suspiro lo que antes habría gastado meses enteros. O sea que la palabra "relación" ya no tiene casi sentido para mí, siendo lo más indicado, por lo tanto, que la extirpe de mi vocabulario. Sin exagerar creo que mi mejor vínculo con el mundo exterior lo constituye, en la actualidad, el ruido de los carros que muy pocas veces pasan por la calle. Si he de ser sincero he de manifestar que, ciertamente, ese ruido me molesta. Porque el silencio ha llegado a ser, para mí, tan imprescindible como el aire, hasta el punto de que, según me lo imagino a veces, el ruido de un motor acabaría, en el mejor de los casos, por asfixiarme.

Otro fenómeno particularmente curioso lo constituye el hecho de haber logrado no exactamente el don de la ubicuidad pero sí una capacidad de saber, en cualquier momento, lo que sucede en toda la casa. No sé si será, en realidad, porque no pasa ciertamente nada, fuera del polvo que se acumula, del musgo que persiste en su avance desde el patio, o de las telarañas que urden un puente entre el cielorraso y el suelo. Me he dado cuenta de lo que acabo de afirmar porque en muchas ocasiones se me ha hecho sumamente difícil, por no decir casi imposible, determinar el lugar de la casa donde me encuentro. Para ello he tenido que recurrir, finalmente, al espejo: desplazo mi cuerpo en todos los sentidos hasta toparme con su reflejo. Entonces, mi cuerpo y la conciencia de estar en algún lugar coinciden. Luego, poco a poco y sin que me dé cuenta, comienzan a separarse, en un proceso inverso. Sin embargo, la vida se me ha hecho más simple, menos difícil. Cuando todo se confunde, no hay que diferenciar nada y listo: todo transcurre sin complicaciones como si nada existiera o todo fuera gris.

Así y todo, una inquietud resurge en mi conciencia al recordar (¿Eso se llama recordar?) que estoy metido dentro de esta casa: algún día, si ella no se cae anticipadamente, la gente que vive afuera la tumbará. Eso sería el fin. Sin embargo, es posible que no suceda nunca, como según creo comienza a no suceder desde ahora. Me dispersaré totalmente en ella, llegaré a ser ella, luego de haberme metido en cada uno de los húmedos ladrillos, de las tejas verdeantes de ella. Será algo semejante a la eternidad. Y he de señalar que si alguien me preguntase si estoy vivo o muerto, no sabría responderle, suponiendo que aún sepa lo que es eso. Porque, así como el sueño y la vigilia se han confundido en mí, siendo que sueño que estoy despierto y que estando despierto me pellizco para saber si sueño, la vida y la muerte poco a poco pierden su significado. Puede ser, no lo niego, que esto sea la muerte. Pero si yo lo llegase a descubrir, empapándome de esa certidumbre, lanzaría por el patio mis cohetes llenándolos previamente de mensajes, en busca de una salvación. Serían entonces como las botellas de los náufragos, y estoy seguro de que mucha gente los vería pasar por el aire como si vinieran de otro mundo.

RICARDO CANO